

ESCRITORES ISLEÑOS

# JOAQUIN ESTRADA PEREZ

Biografía y crónicas del  
malogrado escritor



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

INTRODUCCION DE M. R. A.

## JOAQUIN ESTRADA PEREZ

(1892-1912)

La producción literaria de este malogrado escritor canario, ocupa los últimos cinco años de su vida. Joaquín Estrada, brillante rayo de nuestras letras, desapareció, casi adolescente, a los veinte años. Su obra está dispersa en los periódicos de la época y en algunos rincones, donde muchas cuartillas llenas con su letra angulosa y viril, amarillean ya y esperan alguna vez que giman las prensas a su paso.

Ahora publicamos una leyenda inédita, «El aparecido del Risco azul», escrita por Estrada a los quince años; un trabajo casi de la niñez, pero que muestra ya una voluntad de estilo y de personalidad en aquella criatura nerviosa que escribía cortando los párrafos, e imprimiendo un sello a una vulgar narración cual-

quiera, cuyo valor principal está en la fecha en que se compuso.

Insertamos también, como muestras de su último estilo, tan correcto y logrado, algunas de las crónicas que aparecieron en el diario «La Prensa», el año 1911. Están informadas de una atmósfera angustiosa y triste, como si el próximo fin del joven escritor estuviera gestando en presentimientos.

En 1916, Ildefonso Maffiotte, amigo y compañero del muerto, lanzó la idea de reunir los trabajos de Estrada en un volumen, publicando al efecto un artículo en el diario «La Prensa» que fué recibido con agrado entre los amigos y admiradores del extinto, pero dificultades económicas y de otra índole hicieron irrealizable el proyecto. Algún día, si las circunstancias nos fueren favorables, hemos de publicar la obra completa de Joaquín Estrada—ya reunida y ordenada—que espera la ocasión propicia de ofrecerse al público y de ocupar su puesto—bastante distinguido y airoso—en nuestras letras regionales.

M. R. A.

# UN RECUERDO

Hemos sido injustos contigo, Joaquín. Todos los que fuimos tus amigos, admiradores y compañeros, hemos guardado un frío silencio para tu memoria.

Yo veo ahora, como una perspectiva mental esfumada en la lejanía del tiempo, aquellos instantes de angustia febril que para todos trajo la nueva de tu viaje por los senderos nocturnos de la muerte. Nos abandonaste en la vida miserable, creyendo seguir—acaso por un egoísmo que ojalá te sea perdonado—otros caminos en tu peregrinación hacia el infinito.

Pero aquel «gesto» no fué más que un alé-tazo supremo de tu alma sobre el abismo de la eternidad, donde caíste y habrás sufrido la expiación terrible del suicidio.

Y me pareció mentira que fueses tú, Joaquín, el enemigo irreconciliable de la muerte, el que alzaba contra ella un canto rebelde en nombre de eso que tú llamabas el triunfo

de la vida; el que tantas veces como un amigo o un hombre superior legara su cuerpo al pudridero, lanzaba su grito de indignación y de protesta, ante la bendita dama enlutada y piadosa que se encarga de llenar las tumbas y poblar el espacio.

Tú, sin embargo, entregaste la vida en los brazos maternos e incestuosos, espoleado por la fiebre y el deseo, como un amante loco en los brazos de una mujer fatal que gustara los refinamientos mortales del marqués de Sade.

Y te sumaste a la fúnebre caravana sin oriente; con ella te perdiste en las oscuras revueltas del Sendero atraído por la negrura y el misterio—todavía para tí indescifrable—de la muerte.

Te cansaste pronto de la vida porque no supiste esperar que ella fuese poco a poco regalando de su seno lo que para tí guardaba. Le saliste al encuentro y sorbiste de los pechos ubérrimos todo el jugo de una vez; y cuando quisiste refrenar la inquietud suicida, ya el seno maternal estaba exhausto, sin mieles y con un acre saborcillo a desengaño.

Fuiste un precoz, un hombre-niño; un artista, porque naciste así. Tu muerte fué también un caso de precocidad, de vejez prematura... Recuerdo que padecías el tormento de

la originalidad; el deseo de ella era en tí una enfermedad incurable; la perseguías cuando hablabas, cuando pensabas, cuando escribías... ¡Y topaste con ella al fin! ¿Habrá algo más original—y más triste—que morir a los veinte años, con un diáfano porvenir ante los ojos, campo virgen esperando un contacto cálido que lo torne fecundo y bello?

¡Pobre Joaquín! Esta evocación de ahora parece que ha traído a mis ojos las mismas lágrimas con que lloré tu partida.

Adiós... ¡Hasta luego, hermano!

Hldefonso Maffiotte

De su obra literaria

## Tradiciones del terruño

### EL APARECIDO DEL RISCO AZUL

Yo no sé si es verdad; yo no sé si es mentira.

Lo oí contar a un anciano, al calor de la lumbre, después de rezar el tercio, mientras afuera rugía la Naturaleza, asustada de sí misma.

Fué por el año de 18... La faena había terminado, y el amo, satisfecho de los resultados del año, se «había corrido», como dicen en su argot.

Sobre las brasas se habían asado las castañas, negro fruto del negro invierno, y el vino se había catado en abundancia.

Por fin decidiéronse los labradores a emprender el camino de Aguamansa, atravesando los montes cubiertos de nieve.

La noche era fría y lluviosa; el viento silbaba entre los árboles; el camino presentábase oscuro, marcado a trechos por retamas enfermizas y los caminantes avanzaban saltando, apoyándose sobre las lanzas de afiladas puntas.

Marchaban silenciosos, sobrecogidos, espantados, mascullando una oración...

Los cuervos y los buhos gemían en las profundidades del abismo, junto al que crecen los helechos y las retamas en abrazo furtivo.

Un hombre se retrasa, se encuentra cansado y poco a poco va perdiendo camino; una figura negra ha aparecido entre unos grupos de nogales y manzanos y le sigue ocultándose.

De pronto una mano le sujeta y le empuja sepultándole en las profundidades del desfiladero; se oye un grito desgarrador, ronco y largo y luego... nada; la nieve cubriendo su cuerpo y prestándole blanco sudario; la corneja llorando...

Silba el viento más fuerte, más estridente; el eco repite aquel ¡ay! del hombre que

mueré; la Naturaleza le acogé en su seno, bondadosa, madre tierna...

Todo llora; sólo el cuervó, prediciendo el festín, ríe alborozado.

## II

Tras grandes trabajos lograron extraerle de aquellas laderas.

Su cuerpo ensangrentado fué llevado a hombros, sobre unos palos y unas hojas, hasta el cementerio más cercano.

No hubo respuestas, ni hubo quejas, ni hubo llantos.

Arrojáronle en la fosa; la tierra le dió la vida; la tierra le dió qué comer; la tierra le prestó lecho para su último sueño.

Aquel viejo pastor, aquel a quién temían los niños y por quién se santiguaban las viejas, vino también, acompañando al muerto.

Era el último grito de la raza guanche; era el último estertor agónico de un pueblo ya sin vida. Alto, de lengua y blanca barba enmarañada, cabellos grises, ojos pequeños, brillantes de fiebre y de deseo, voz ronca: tal era señor Tomás, el pastor.

Vivía solo, allá en las montañas, sin hogar,

sin abrigo, sin familia; con Dios y su conciencia.

—Prestábale su lecho la fresca yerba; su sombra, los árboles añosos; su aroma, los inciensos y romeros; su beso halagador, la brisa fresca.

Nunca había tenido compañeros, ni amigos, ni esposa; quizás temía que en sus noches de insomnio se escapase la palabra ha tanto tiempo contenida: ¡Asesino!

También él vino a acompañar al muerto; le vió enterrar, vió cubrir su fosa con la tierra humedecida.

Vibró en su corazón aquella reminiscencia del hombre de los bosques, del hombre fiera, del hombre sin corazón.

Y pisoteó con furia la tumba y exclamó en el paroxismo del furor:

—¡Muere, muere, mas no resucites y me asustes por los montes!

¿Dios le oyó? El lo sabe.

### III

¡Qué noche para el pobre pastor que atraviesa las colinas y los valles! Despéñase por los barrancos en torrentes el agua; atraviesau

el espacio los relámpagos fugaces; retiembla el trueno; vuelan las avejillas azaradas, huyendo del temporal.

El mar se agita indómito; levántanse airadas las olas queriendo escalar las nubes, pero vuelven a caer vencidas, entrelazándose en su lecho de espumas...

La figura siniestra del pastor solitario atraviesa el camino, apoyado sobre la lanza de afilada punta.

Los perros le siguen silenciosos, gachas las orejas, rabo entre piernas.

Hay un «no sé qué» que se agita en el ambiente; algo que hace correr las fuentes, cubrirse de verdor los árboles; agitarse airadas las olas del mar; esencia o materia, alma o cuerpo, pero algo al fin...

Y eso lo siente el asesino en su corazón, y el nombre que susurra siempre en su vida, como en la madre el del hijo predilecto, lo ve en todas partes, con letras de sangre, con letras de fuego, con letras de hambre y desolación.

Allí cerca, tras el recodo del camino, está la peña en que ha poco halló la muerte el errante peregrino del trabajo, y cree ver su figura envuelta en blanco sudario recriminándole, y que a su alrededor bailan las que

fueron sus víctimas y que sus largos brazos descarnados le sujetan y aprisionan y siente frío, mucho frío...

Inunda el sudor sus sienes; late acelerado su corazón; la sangre electriza sus venas, tiembla... Tiene a su vista el camino extraviado: por él puede llegar a su casa, tarde, sí, pero llegar al fin; pero no, aún está latente en todos el último crimen y quién sabe si alguien sospechó del pastor errante y solitario, que vive solo con Dios y su conciencia...

Seguiría, pese a quien pese; proseguiría su camino, sufra quien sufra; llegará a la peña.

De pronto oye un quejido, un lamento triste, donde murió el otro; los perros engrífanse asustados y pretenden huir, pero su mano de hierro los detiene.

Ha cesado la lluvia; ha callado el trueno; ha ensordecido el órgano del mundo y sólo se oye el quejido triste, siempre, siempre, repetido mil veces por el eco, cantado por el valle, llevado por la sierra, besado por el mar.

Hay que seguir; hay que luchar con los elementos; sin voz, sin aliento, casi sin vida;

diríasē que el frío de la tumba ha hēcho presa en su alma.

Al fín dió la vuelta; en la roca, en el mismo sitio en que murió aquél, una figura blanca se retuerce en las convulsiones de la agonía.

Si se puede vivir sin vida, viviría; si se puede morir sin muerte, el pastor murió.

Dos pasos más y le habrá tocado.

La luna que ha poco enviaba sus rayos enfermizos a través del esplendente varillaje de la lluvia, se ha ocultado tras una nube negra, negra como los remordimientos. Todo está oscuro...

Su mano temblona alarga la lanza y toca aquel cuerpo casi inanimado, y siente que la carne tiembla bajo el hierro que esgrime.

Y aun avanza, lo coge entre sus brazos, con el último esfuerzo de un alma muerta.

Compasiva la luna envía un pálido rayo y a su luz el pastor ve una oveja herida, instrumento divino que llegó a morir allí..

#### IV

Se ha arrepentido; ya no mata; ya no hiere; ya no ruge; ora...

Y en las noches de calma, de eterna calma, y en las noches tempestuosas en que la Naturaleza, hija de Dios, sintiéndose grande quiere elevarse a El, reza y llora el penitente, con los brazos en cruz, ante el Cristo del pino...



Yo no sé si es verdad; yo no sé si es mentira.

Lo oí contar a un anciano, al amor de la lumbre, en una de esas noches en que todo convida al miedo; y al terminar las viejas se santiguaron y de mis ojos brotó una lágrima que fué a morir en mis labios trémulos.

## IMPRESIONES DE VIAJE

Sobre el mar inquieto y displicente tiende la noche un pavor gigante de misterio. Silencio. Sombras. Miedo.

A ratos, canalla, silba el viento. Luego calma, mucha calma. Maravillas de soledad, de lejanía. El mar es un égoísmo augusto de la naturaleza, que cansada del vivir inenarrable de las ciudades fragorosas se tendió en las perezas sultanas de una siesta de vaivén...

De cuando en cuando, la sombra demoniaca de un cura loco cruza por la cubierta del «Atlante», extendiendo a uno y otro lado los brazos en actitud de bendecir... Es un cura extraño, como soñado en cuentos de magia. Su manía consiste en tirar al mar cuanto encuentra a mano. Esta mañana, ante el espanto, un poco supersticioso, de nuestras gentilí-

simas compañeras de viaje, arrojó por la borda la sotana, que bien pronto se hundió en el incendio azul de las aguas...

En el misterio trágico de la media noche escribo, casi a tientas. No sé por qué, la lívida grandeza austera del mar nos habla a todos de raras libertades. Y en santas rebeldías de mi tierra pienso ante el mar y, ante las cuartillas, augustas expansiones de la vida y del pensamiento, a las que a ratos ponen comentarios de miedo las tempestades.

×

Vamos perfectamente, camino de Cádiz, en este mundo pequeño que apenas se balancea, como un pájaro tonto atacado de indecisiones. Los que tenemos la jerarquía de no marear formamos amables tertulias sobre cubierta. Luego, a la hora de comer, asistimos a estos espléndidos banquetes del «Atlante» que se nos brinda para el viaje cómodo y gentil, cual «cicerone» de aventuras...

Por el mar adelante vamos con esta admirable pericia de maestro, que lleva el barco por la llanada inexplicable de las aguas como

pōr un̄ viejo cāmīno, de luēngōs tiempōs cō-  
nocado...

X

Hoy he oído hablar a bordo por vez primē-  
ra de política. Aquí nadie se acordaba de ta-  
les contiendas. Por eso, sin duda, llamaría la  
atención que cuando se pensaba en lo primero  
que había que hacer al llegar a Cádiz, yo di-  
jese que comprar periódicos. Nadie puede  
creer que la suerte de Tenerife nos interese  
más a los isleños que el Corpus, los toros y  
los teatros... Y yo siento la fiebre de llegar,  
el ansia del horizonte, la locura de correr  
más y más porque sé que a estas horas tal  
vez está consumándose el despojo en la ini-  
cua pasividad de una sesión del Congreso...  
Ahora, como nunca, siento la lejanía del mar,  
la silente soledad del vapor perdido en la in-  
cierta displicencia de las aguas...

Hoy—repito—, he oído hablar por vèz  
primera de política. Un señor muy correcto,  
muy fino, que lleva por dentro un divisionis-  
ta inexplicable, rompió el hielo, censurando  
muy comedidamente, muy finamente, muy

atildadamentē, la rotura de las lpidas de Pérez Galdós.

Mis companeras de viaje, a quienes ha dicho sus censuras, me han mirado un momento con algo de ironía tal vez. Yo he vuelto la espalda al disertantē.

Porque, en verdad, no sabía de qué manera se le pueden rebatir ciertas cosas a un señor «dandy», simpático, amable, correcto, que para censurar se pone los guantes y endulza el amargor de la boca con caramelos y la acritud de la frase con vaselina perfumada.

Yo, que me he olvidado los guantes y las esencias, no podía discutir con él...



Se tienden sobre el mar los pavores de la media noche. Hace frío... De cuando en cuando, como una sombra de tragedia, de espanto, pasea por la cubierta del vapor, extendidos los brazos, el cura loco...

## DIVINAS GADITANAS

Cádiz tiene una blancura ecuánime de histórica. Me produce la ilusión, con sus ringle-ros de edificios de insoportable simetría, de una gran casa de muñecas en que a diario jugasen estas gentiles gaditanas a decirse proezas de gracia andaluza, a la vez espiritualmente triste y gratamente amable.

Tal es la impresión que causa este «bibelote» de achares, maestranza de cariños gitanos, cuna de moriscas aventuras, breviario de arcaicas y ardientes alegrías que corren por esta ciudad de mimosas blancuras, como un pregón de claveles bajo la teatralidad de la luna...

A la noche, la ciudad blanca tiene un encanto de fugaces maravillas.

Hoy ha sido día de fiesta en la ciudad. Corpus Christi. Por la tarde, todo el pueblo estaba en las calles. A lo largo de las aceras, ante estas admirables tiendas de montañeses y estos cafés, un poco cocotescos, había maravillosas confraternidades de manzanilla y helados.

Tarde de toros, además. Al salir de la aduana, donde tuve el honor de pasar unas cajetillas de cigarros ante la asustadiza emotividad de los carabineros, he recorrido las calles de Cádiz, tan estrechas, que los novios se abrazan de balcón a balcón...

Por vez primera he experimentado el mágico encanto de bucear en una ciudad desconocida. Es una impresión rara, inquietante, febril. Algo así como ese inexplicable chispazo de vida y pubertad que recorre, displicente, la sangre de las niñas próximas a subir el calvario de soledades de la adolescencia...

Cádiz vive de su alegría. El pueblo todo es una blanca sonrisa de entusiasmo que parece burlarse del gris apaisamiento de las campiñas... Aquí la risa vive en perpetua autonomía. Por eso me dicen que Cádiz es pobre y no lo creo. Las carcajadas no maldigan. El que sabe reír aprende a reírse también de su pobreza...

Tal es, sin duda, la ciencia de la vida gaditana.

X

A la noche, bajo los toldos que cubren las calles, estrechas como senderos raros, pasean su gentileza estas divinas gaditanas que llevan siempre en los labios la piedad de una sonrisa... Bellas, con un penetrante sentimentalismo agareno, traen un recuerdo morisco a estas fiestas de ahora. Blancas, vaporosas, risueñas, con el complemento de la ecuánime blancura, como de tocador, de esta ciudad que sabe el secreto de reirse siempre.

# Crónicas madrileñas

## DEL CAFE Y LA TELEPATIA

Dan las 12 y media, la hora grave y melancólica de la salida de los teatros. Ha cesado la animación efusiva de horas antes, cuando carteles, arcos voltaicos y timbres llamaban al distraído y olvidadizo transeunte con la promesa de una tragedia alucinante, de una zarzuela coquetona y maravillosa o de un deslucido y churrigueresco cuadro de varietés.

Los cafés van quedando desiertos y en sus mesas ya no se discute el último crimen ni la última inmoralidad administrativa. Sólo los mozos—esos imperturbables y serviciales mozos de café céntrico—se aburren en algún rincón con un periódico entre las manos. El

frío aprieta, y adquiere esa molesta afabilidad que le hace trocarse a la media noche en vientecillo helado poco respetuoso para los abrigos modestos, enemistados a perpetuidad con la pompa de las pieles. Los serenos y los guardias hacen tribuna de su hastío municipal en el quicio de las puertas y los vendedores de diarios y «chuletas de la huerta» regatean más los pregones, seguros de no causar con ello grave detrimento a su afán mercantil.

Los predilectos de la riqueza—esa chica olvidadiza y miope que casi siempre se equivoca de portal cuando lleva recados de la suerte—encuentran amable solución al problema de la noche en las salas confortables de los grandes casinos, en los gabinetes de los restaurants lujosos o en los entresuelos de «La Favorita», lugares encantados cuyo centelleo llega a la claustral moderación provinciana con todo el prestigio de las aventuras y los escándalos.

Pero estos esparcimientos constituyen un imposible para los que teniendo poco dinero nos permitimos el lujo de trasnochar. Sin embargo, ¡da tanta lástima irse en busca del cuartito solteril y lamentable cuando todavía la taza de café surte en nosotros sus efec-

tos heroicos y las bellezas de una comedia tienden por el espíritu la rara fortaleza literaria! ;Lucen tan bien, con la luz eléctrica, nuestros sufridos trajes azules o grises y nuestras corbatas que la moda hostiliza implacablemente!

Para tales momentos psicológicos de la noche nos abren sus puertas, como un refugio, los cafés cantantes, cuya alegría—falsa o verdadera, artificial o ingenua, es lo mismo—llega a veces a cautivarnos. Económicos, ruidosos, preséntansenos como una salvación en este naufragio metódico de las 12 y media que hunde la última tabla flotante al cerrar la puerta del último teatro.

Su público es siempre el mismo. Calaveras baratos, estudiantes alborotadores, vejetes con cara de abuelos complacientes, dependientes libres por unas horas de la inspección patronal, señores graves que se contentan con pellizcar disimuladamente a las camareras, «paletos» trasplantados por unos días al hervor madrileño, que miran alelados el revoloteo de las faldas de lentejuelas y reciben con estupor de risa y de entusiasmo las muecas con que a los parroquianos obsequian cupletistas y bailarinas... Los mismos siempre, a

despecho de las fisonomías personales y de algún que otro tardío rasgo de esplendidez...

En una de estas noches y en busca de uno de estos cafés metíme por la pina y silenciosa calle de los Jardines donde mis recuerdos dibujan la silueta de un café cantante. Hállole en efecto, con unos focos rojos en que se leía: «Cine Bello». Ya instalado ante la mesa, frente a una botella de cerveza que aderezada con buena ración de simpatía me sirviera la camarera de turno, dedíqueme a inspeccionar la sala con algo de esta poco trascendental filosofía que preside las disquisiciones de un humilde cronista enamorado de la ligereza y de la actualidad.

El espectáculo nada ofrecía de nuevo. Había terminado la última sección y las artistas discurrían de mesa a mesa. Pero he aquí que de pronto dos individuos, a quienes yo había tomado por espectadores, suben al escenario. Como de 45 a 50 años, modestísimo en el vestir, con barbas de seis días y trazas de cesante o cómico retirado, el uno; joven, grueso, coloradote y risueño, el otro. Y el más viejo y deslucido de los dos nos hizo saber, en un discurso embargado de emoción, que iba a presentar un caso maravilloso de transmisión de pensamiento. Advirtiéonos, además, que no

creía en el sueño hipnótico, ni en la telepatía ni en cosa alguna que no fuese la transmisión del pensamiento en la forma que él la realizaba. Tras esta filípica en que anunció también que haría experimentos más notables que los de «Mariscal», «la adivinadora del Trianón» y todo ello sin intervención de nada sobrenatural, vendó al paciente muchacho, colocóle de espaldas al público y comenzó la sección.

Y aquí vendría adecuadamente una laberíntica disquisición sobre esto del hipnotismo barato y la telepatía al uso de los cines. Desde que Paul Hervieu y Francois de Nion comenzaron la tarea de novelar los momentos trágicos del presentimiento, la visión y el fenómeno espiritista, la ciencia ha obtenido ruidosos triunfos sobre el primitivo espanto popular. Ya no asustan estos experimentos casi sensacionales que antaño hubieran merecido un auto de fe para escarmiento de los atrevidos que sembraron el miedo de la credulidad romancera de una ciudad castellana. Hoy apenas si preocupan a las damitas gentiles del Trianón y al público abigarrado del «Cine Bello». Pero aun los mismos que siguen con interés las adivinaciones de estos «fenómenos modernos» hácenlo con la esperanza de hallar

la clave convenida. El concepto maravilloso ha fracasado por completo. ¡Pobres teorías, un día encanto de sabios e iluminados, que hoy ruedan por cines y cafés a merced de un cesante cualquiera, que trocó las minutas de una oficina sórdida por los esplendores de una carrera teatral!

Pasta de comentarios y volvamos al profesor de transmisiones del pensamiento. El «medium»—de alguna manera ha de llamársele—responde con gran precisión a las preguntas que desde el otro extremo de la sala le dirige su socio:

—¿Qué es esto, Juan Ramón?—le pregunta.

—Un sombrero.

—¿Qué tengo en la mano, Juan Ramón?

—La cabeza de una señora.

—¿Cuánto vale esta moneda, Juan Ramón?

—Cinco pesetas.

En esto de las monedas es en lo que Juan Ramón demuestra mayor rapidez y seguridad.

Los experimentos son una imitación fiel de los de Mariscal. La manía imitativa triunfa en todo su esplendor. Es vieja ya la costumbre de glosar las novedades del teatro, del pe-

riódico o del crimen. Un día salió a la calle, festiva y simpática, «La Hoja de Parra». Al mes media docena de revistas le seguían los pasos. Un novio, exasperado, mató por celos a la elegida de su corazón. En una semana, y en distintas provincias, cuatro o cinco pobres muchachas pagaron con su vida esta enfermedad de la imitación. Ahora el debut de Mariscal ha sacado de la oscuridad a unos cuantos desesperados que en los momentos presentes sueñan con la gloria y con unos miles de pesos conquistados en fabuloso viaje a la alucinante América.

El profesor del «Cine Bello» está esperanzadísimo. Un franco optimismo embarga su espíritu. Los comienzos, claro está, ya él lo sabe, son duros, la prensa se muestra esquiva con los artistas nuevos. Pero cuando él reuna dinero para comprarse un frac y otro para Juan Ramón, ya se verá. Por ahora, sin esta prenda, irá dándose a conocer. Luego emprenderá campañas más trascendentales.

Allá quedóse, explicando a los retrasados espectadores cómo todo eso del hipnotismo es una mentira y la telepatía una alucinación. Allá quedóse, lamentando que «su caso», el más notable de los tiempos modernos tenga

que refugiarse por ahora en los cafés cantantes. ¡Ah, si él tuviese un frac!

Y he aquí, curioso y desocupado lector, cómo resolviendo el problema de la noche puede hallarse asunto para unas cuartillas que, si no llegan a ser trascendentales, pueden entretenerte un rato si es buena tu voluntad y te hallas en uno de esos instantes psicológicos en que la sonrisa viene fácilmente a los labios. Y he aquí, amable y bondadoso lector, cómo puede presenciarse hoy en día, por una taza de café, un fenómeno sensacional que antaño, en tiempos de leyendas, de conjuras y ahorcados, hubiera hecho persignarse a todo un bravo ejército que, de vuelta de la guerra, buscara esparcimiento y holganza en algún oculto teatrillo...

## LOS LIBROS Y EL ESCANDALO

Un amigo, autoridad indiscutible en ecos de salones, me dice que en breve se publicará un libro, original de una dama de la aristocracia madrileña, en que se narran muy galantes historietas de la alta sociedad y se cuentan intrigas familiares, dignas por su gracia y travesura, de ser conocidas.

Un libro escandaloso, en suma.

Reciente aún el caso de la infanta rubia, y no muy lejanos otros de reclamo editorial, el anuncio de esta narración de contratiempos íntimos invita a disertar sobre el sugestivo tema de los libros y el escándalo. Antes, para escribir, bastaba dejarse llevar de la mano por las inquietas y furtivas de la amenidad. Ahora es necesario, además, ser maestro en arte de escándalos.

El libro empezó realizando una labor de honesto recreo. Después, el cansancio de la vida creó la necesidad de emocionarse y se le pidió un cautiverio de simpatía y una sugestión de sentimentales ansiedades. Por último, el tardo reaccionar del entusiasmo, el enfriamiento de la ingenuidad y la involuntaria omisión del candor nativo, arrancáronle la promesa de ser escandaloso. Y del escándalo vive. Sin él, arrastraríase torpe y escuálido, recibiendo muy de tarde en tarde alientos eficaces, relegado a una prosperidad de inclusa, como esos niños de asilo entre quienes se reparte el pecho una mujer que tiene sólo la misión de no dejarles morir. Empeño de jardinero municipal, que no de aventajado cultivador de árboles raros.

Leer se va haciendo cada día más difícil. Vivimos acosados por el presentimiento de aburrirnos. El libro, si ha de ser grato, necesita de los conflictos a base de nombres conocidos.

Y si el escritor ha menester de un nombre y de una persona de la vida para despertar interés, parece llegado el momento de discernir sobre la eficacia de contar los pesares propios y la eficacia de escandalizar a costa de la ridiculez, la misantropía y el atur-

dimiento de los demás. Buena ocasión para ello es esta en que se anuncian narraciones de aristocráticas intrigas.

Referir nuestra tristeza es muchas veces una tontería insignificante; pero casi nunca una tontería molesta. Un tomo de «versos íntimos» publicado a los veinte años suele ser el tormento de una vida. Pero de la vida del autor, no de las ajenas. A los demás no les interesa.

Al llegar al punto de las confesiones íntimas y su interés para el público, recuerdo la frase de un gran poeta, hoy olvidado en la provincia. Pidiéronle su autobiografía y escribió: «Mi vida es una novela inmoral que a nadie interesa; ni a mí mismo». Por desgracia, escasea bastante el número de estos literatos que reconocen el deslucido encanto de sus personas particulares. Los menos avisados al contar intimidades suelen ser esos buenos señores que escriben hurtándose a la profesión y hacen de la pluma pelota de football.

Sólo los secretos de las coupletistas suelen cautivar al público, que los tolera bastante bien. Verdad es que estos secretos, por regla general, son obra de un escritor ameno, que para ellas fabrica una novela simpática.

Los libros íntimos, nacidos de un entusiasmo literario y de un mediano decoro personal, a nadie importa que se escriban, por la sencilla razón de que nadie los lee. Bien están, si sirven de alivio a una locura sentimental o a un afán comunicativo.

Y bien están también los libros de escándalo, si es el escándalo moderado y está tras el libro una necesidad del hogar o un fracaso de bohemia.

Es natural que esos libros se hagan, si antes se hicieron los hombres que habían de comprarlos y el hastío que les volvieran necesarios para procurar un poco de interés y de emoción. Indignarse contra ellos, es tarea inútil. Obligación tenemos de ayudarnos los unos a los otros, y el que un día se vea payaso enharinado, a cuestras con la joroba del comentario sangriento, debe pensar que su joroba está hecha tal vez de pan para los chiquillos de un hombre con miseria que necesita vender un libro, y para venderlo lo expuso en el escaparate de la ridiculez de los demás, porque la suya no la querían en el mercado.

De estos otros libros, mezcla de confesiones íntimas y de coloquios escandalosos, sí que podría hablarse mucho, sin escatimar la cen-

sura. En sus páginas hay algo de venganza mora. En su médula, algo de desviación decadente.

Tras el de la *infanta rubia*, este caso de la aristocrática dama madrileña metida en andanzas literarias, dará mucho que hablar.

Porque aunque en su libro falte el concurso de la amenidad y el interés, suplirá tales ausencias con hábiles manejos, la mano irreverente y nerviosa del escándalo.

## CUESTION DE EDADES

«A B C» ha ideado un muy ingenioso concurso, en que van raramente unidas las rudezas de la filosofía con las amabilidades de la amenidad. Consiste el tal concurso en preguntar a sus lectores a qué edad les gustan más las mujeres. Y en verdad que la interrogación abierta al estupefacto y apacible sujeto que lee el diario matutino tiene los honores de un apuro trascendental. Los más elementales deberes de la galantería impiden en este caso la libre emisión del sufragio. Nuestras más queridas y gentiles amiguitas, poniendo con displicencia un dedo sobre el gesto mimoso de los labios, nos harán graciosamente una súplica de silencio...

Un cronista quiso dar al problema una solución romántica. «Las mujeres—dijo—nos

gustan de niñas como hijas, de jóvenes como novias, después como esposas, más tarde como madres y como abuelas...» Pero yo creo que tal respuesta no encaja en la pregunta del «A B C», que al abrir su concurso, pensó únicamente en el encanto sensual, artístico, de emoción y de sangre, de la mujer. ¿A qué edad—es la pregunta que quiso hacer «A B C»—os gustaría más besar el carmín caliente de los labios de una hembra? Terminante es el dilema. Y hay que contestar, recorriendo la clave sensitiva de nuestros nerviosismos y nuestras ansias. Es necesario exponerse a la indignación de muchas, al desprecio de algunas, que acaso nos sonreirán al pasar...

Las respuestas de los lectores de «A B C» sí que estarán, indiscutiblemente, en razón directa con sus edades. Porque según va «girando el torno hecho devanadera» de la vida, va el entusiasmo sensual recorriendo la escala comprometedora del amor. Esa escala de gentilezas, de ardientes achares, de encendidos prodigios, de maravillas suaves, de bocas sangrantes que, como una ciudad fascinadora de imán, coloca «A B C» ante el curioso, línfático y afable lector que se aventura por el camino desconocido y burocrático de sus páginas...

Así, por ejemplo, todos los jovencillos estu-  
diantes de segundo de Bachillerato que  
sueñan con los amores de la cocinera, dirán  
que les agradan las mujeres de cuarenta a cin-  
cuenta años, esas jamonas desbaratadas y des-  
garradas que parecen hechas a fuele. Los de  
18 a 20 mostraránse partidarios de las de  
treinta, con sus garbosas plenitudes y sus  
cuerpos fuertes, macizos, y sus miradas afa-  
nosas que se clavan con un gesto de espanto  
en la juventud que se va... Los hombres que  
llevan sanamente, con toda la formalidad de  
unos «buenos chicos» los 30 y el peso de un  
hogar con muchos niños y muy pocas pesé-  
tas, optarán por las damitas de veinte y cin-  
co, un poco majas y un poco chisperas, en-  
cantados bibelots de gracias y curvas, con las  
que cabe el riesgo de que lo sepan todo o no  
sepan nada. Los hombres graves, muy corri-  
dos, muy serios, que ya ocultan el plantea-  
miento indiscreto de una cana, emitirán su  
sufragio a favor de las niñas que atraviesan  
el sendero raro de la pubertad con el presti-  
gio de quince abriles y un cuerpecito levē-  
mente rosado, como una promesa incipiente é  
inescrutable todo él... Y esos viejecitos afa-  
bles, abuelos cariñosos y juguetones que re-  
latan aventuras y hazañas de sus años vigo-

rosos; esos viejecitos que la otra noche, en la tercera sección, gritaban en el Parque a Consuelito Irma «un poquito más, monina, un poquito más», votarán, discretamente, a la chita callando, con un poquitín de rubor, por las niñas de doce años, encantadas alburas, brotes de rosal, en que vive la esencia magnífica y asombrosa del más mimoso secreto de la vida...

Así irán votando unos y otros, una vez pasado el asombro de esta indiscreta interrogación de «A B C». No faltará, tampoco, un listo a quien las mujeres le gusten en todas las edades. Ni un asceta ridículo y teorizador que abomine de ellas en todo el ciclo del tiempo... Pero esas serán excepciones de la gracia romancera de la raza o de la tontería epidémica.

Yo no pienso votar. Porque a mí me gustan las mujeres, siendo bonitas, a todas las edades. Lo malo es que a ellas no les gusté yo.

## PERCANCES DEL OFICIO

Angeles Vicente es una gentilísima y garbosa madrileña que lleva entre los pliegues de su falda el prestigio cálido y romancero del hechizo. Pero le ha atacado una grave enfermedad, epidémica y contagiosa: la de escribir novelas. Y he aquí cómo Angeles Vicente, que haría el encanto de cualquier hombre—y aún de varios hombres—se dedica a atormentarnos con unas novelas más aburridas que una ostra y menos interesantes, seguramente, que cualquier detalle íntimo, sugestivo y fascinador de la bella escritora...

Gloria de la Prada es otra divina mujercita, con todas las maravillas de un cuerpecito gitano y todas las glorias espiritualmente tristes de una belleza serrana y comprometidora. Una damita que sería un encanto si no

tuviera la mala costumbre de escribir unos cantarés inaguantables que ponen a prueba la paciencia del lector y demuestran cómo una chica preciosa no debe utilizar el lenguaje para otros menesteres que la dulce y mimosa fracesita de amor.

Y sucede que estas monísimas mujercitas, ante las que se hubiera rendido el prodigio de un piropo y la maestranza de una aventura, se tienen envidia. Yo concebiría que se envidiaran porque los ojos de Angeles dicen más de achares y de pasiones que los de Gloria, o porque es más rica y más incitante la boca de Gloria que la de Angeles. Pero no es así. Se envidian, sencillamente, por sus producciones literarias. Es decir: por lo menos envidiable que tienen.

Días atrás, un espíritu endemoniado o sencillamente tocado de aticismo le fué a Gloria de la Prada con el cuento de que Angeles Vicente ponía en tela de juicio sus cualidades de poetisa, permitiéndose usar frases poco respetuosas para la familia de la musa que le inspira sus cantares y demás elucubraciones poéticas. Y Gloria, ni corta ni perezosa, se puso la mantilla y fue a casa de su colega con el decidido propósito de arrancarle

los moños, sin fijarse en que era de lo menos literario y artístico que podía ocurrírsele.

Acudió doña Angeles a abrir la puerta, hermosísima como siempre y como siempre preocupada, pues no sabía qué hacer con una pobre chica de su novela que no le hace falta ya y duda si meterla en un convento o hacer que se suicide con una disolución de fósforos.

Lo que allí ocurrió entre Angeles y Gloria las dos damitas neuróticas y sentimentales, atacadas de un misticismo histérico, no es para contado.

El diálogo sostenido, que da a conocer un periódico de Madrid, es por demás edificante.

—¡Vengo a cortarte la cabeza!

—¿Tú a mí?... ¡Menflis!

—Porque eres una...

—Y tú, una...

—¡Y me tienes rabia!

—Y tú a mí envidia.

—Y que te conste que no necesito nada...

—¡Te faltan muchas cosas que a mi me sobran!

—¡Miau!

Todo acabó en la comisaría. No pudo tener peor fin. Allí, ante los guardias, poco afanosos de romanticismo, tuvo desenlace la «artística» polémica...

Y es natural. Estas pobres chicas, gentiles y bonitas, al salirse de su papel de damas deliciosas y prometedoras en el que harían novelas muy aceptables y algún que otro cantar no del todo malo, no saben qué hacer y se «agarran», como cualquier chula deteriorada.

No puede extrañar. Porque pedirle a Angeles Vicente que haga novelas buenas sería algo tan fuera de razón como pedirle un beso a Felipe Trigo o a Pérez Galdós...

Y, en verdad, no hay derecho ni a lo uno ni a lo otro.

## Crónicas varias

### OTOÑO

Pasado el verano, rota la quietud incoherente de la siesta emocional, vuelve fragorosa, agitada, la vida pródiga y fuerte de los meses en que se lucha, se piensa y se trabaja. La política, lejanas ya las fantásticas luminarias estivales, reacciona, se contrae, condénsase y se torna eficaz, ordenada, efectiva. Quedan desiertas las playas, sumidas en la hosquedad del invierno y en la brava soledad de los acantilados. Abandonada queda también la sierra, y por ella se aventura la nieve en breves escaramuzas. Es más ancha, más austera la paz de la provincia. En los pueblos llueve casi a diario y las gentes se refugian en los cafés oscuros, en las salas melancólicas de los Casinos o en los soportales lamentables de las iglesias. Ya no tocan las ban-

das municipales en las alamedas ni van por las tardes grupos de damitas gentiles a los paseos bordeados de árboles centenarios...

Sólo en la capital es aquí fuerte y pródiga la vida en los meses invernales. Por los pueblos pasa cansada, cuidadosa de su hacienda, de su vigor y de su entusiasmo. En La Laguna, ciudad romancera que evoca leyendas de conjuras y ahorcados, deja como rastro unas docenas de seminaristas pálidos y tristes, que las tardes de sol recorren de dos en dos las calles, sufriendo pacientemente las burlas de los otros estudiantes que ya saben de novias... Y así en las demás ciudades y en los demás pueblos. Una huella dolorosa, una ráfaga de melancolía que pasa...

Con los primeros fríos y las primeras lluvias comienzan a llegar a Santa Cruz esos grandes trasatlánticos, amables y frívolos, que van llevando por el mundo una caravana pintoresca de turistas. Es un enjambre delicioso el que estos amenos palacios flotantes desembarcan en los puertos de su ruta. Largos alemanes inenarrables; viejas damas inglesas; escrutadores sabios de rusa seriedad; bellas románticas de un abrumador sentimentalismo italiano; gentiles y alegres parejas de una encantadora despreocupación francesa...

Una curiosa y abigarrada multitud que unas horas, unos días, algunas veces, recorre las calles y los caminos con afán de curiosidades y de emociones, y que una tarde, tras unos estridentes toques de bocina, vuelve a partir en el trasatlántico que les espera con su eterna invitación afable.

En el invierno de Santa Cruz, próspero y agitado, ponen la nota más simpática estas expediciones de turistas que pasan fugazmente, dejando unos puñados de monedas, y alguna vez, de tiempo en tiempo, una nota sensacional... Ahora es un impenitente bebedor de cerveza que cuando está bien borracho rompe unas cuantas docenas de copas y botellas, que luego paga con británica seriedad. Después una enjoyada dama que reparte francos o «chellings» a los chiquillos... Y no faltó algún tipo conocido, puntual. Un elegante y atildado belga, de imperturbable sonrisa, llega todos los años al fin del otoño, desembarca, va a los jardines en que los niños juegan, abraza a una de las niñeras que los cuidan y cuando la ofendida grita y la gente se reúne y vienen los guardias, acude tranquilamente, sin perder ni por un momento su exquisita sonrisa, al gobierno civil y allí abona la multa que le imponen. Luego saluda con fría co-

rrección y se vuelve a bordo. Sería curioso saber si hace lo mismo en todos los puertos...

Así van pasando los meses de otoño y así pasarán también los del invierno. Una vida de actividad y de fuerza; pero no una vida de conflicto. En la capital de Canarias va obteniéndose un equilibrio racional, quizá porque en ella predomina la clase media, dotada de un adecuado concepto de la paz y de la lucha que le permite crear un medio ambiente estable, mezcla de cerebralidad y de pasión.

El otoño, haciendo abandonar las playas y las sierras y las estaciones veraniegas, anima la ciudad. El otoño también, retrotrayendo las actividades a la función política parece que intenta dar de nuevo a la actualidad isleña el tan aderezado, truculento e inverosímil problema canario, que sólo a lo lejos, con mucha fantasía y mucha buena voluntad puede parecer tal problema...

Además, ¿no estamos todos convencidos de que hay bastante problema con el de vivir?...

## NOCHEBUENA MADRILEÑA

Nochebuena madrileña, nochebuena de panderos y zambombas, de majas alegrías y de cenas de hogar. Noche íntima, colegiala, de paz y de amor, en que el cariño y la costumbre juntan al calor familiar los hijos pródigos de la vida pacífica. Noche de desaliños y abandonos, de dolores y soledades, para el que vive en la casa de todos y come en la mesa de todos y cenará en el comedor solitario de un restorán y cruzará, displicente y sufriendo el martirio de la risa ajena, las calles por las que van caravanas de gentes felices que no se han visto nunca frente al sacrificio de la soledad.

Cuando las familias se reúnan en torno a las mesas, la confortación de vivir tenderá su magia santa por los espíritus. No importan las dudas, los sobresaltos, los crímenes, los

sacrilegios del hogar, los dolores hollados en la esclavitud de la indiferencia... ¿Quién no piensa en ser bueno la noche de la alegría si ve alrededor rostros que sonríen? Y al estrépito de las zambombas y al repiquete cálidamente audaz de las panderetas, que tienen prestigios de serranía andaluza, los padres sonreirán en el regazo de las novias de antaño y acaso en la aurora tímida de la pascua, los rescoldos de una pasión olvidada se enciendan en un beso furtivo para fundirse en un abrazo sin escándalo y sin furia...

El dolor no se puede compartir si el lazo frágil de un sentimentalismo falta en la comunidad trágica de la pena. Y así en esta nochebuena madrileña, la única del año en que todas las puertas se cierran al solitario errante, los abandonados huiremos unos de otros. ¿A qué juntar nuestras pobres miserias de amor y de patria? ¿Para qué fingirnos una risa bufonesca que tendría en los labios marchitos todo el horror de esas muecas de cadáver que espantan en las salas de disección?

Y será nuestra nochebuena honradamente dolorosa, augustamente dolorosa. Nadie pensará en nosotros y nosotros los envidiaremos a todos. Para los pobres sin casa y sin pan

habrá un recuerdo caritativo. Para los casi mendigos que tienen unas pesetas y no tienen hogar, si acaso el recuerdo lamentable de una lánguida señorita cursi.

No hay derecho a la tristeza. Es noche buena. Y aquí debía dictarse, como en el imperio de la felicidad, un bando de buen gobierno declarando obligatoria la alegría. ¿Cómo admitirse el llanto cuando hay un pregón de risa chula en el ambiente y un repique altivo de campanas en las viejas catedrales y arde la ciudad en el resplandor luminoso de una noche sin sombras y sin conjuras de silencio?

Esplenden los mercados y los escaparates. Allá, en las plazas inquisitoriales de los barrios, en las calles pinas y excéntricas, los puestos de panderetas y mazapanes ponen una predestinación de fiesta. Corre por la villa madrileña el entusiasmo de vivir. Ha de nacer el niño Dios y hasta los limosneros de los soportales sufren más sosegadamente su miseria. Durante todo el día ha sido un jubileo de familias que compraban juguetes y dulces. En el interior de las casas comienzan a sonar los pianos. Y hay en el ambiente una carcajada frenética y en los rostros un vigor sano y en las almas un contentamiento pri-

maveral, como de idilio en fermento—, que es todo idilio una botella de champán que explota en la locura de una juerga pasional—.

Y así mientras todos se hunden en el lago azul de la paz y la alegría triunfa, sólo vivirán el silencio y la congoja las deslucidas nenas de las mancebías, solitarias por una noche, y los huéspedes de estas fondas hostiles del abandono. Las princesas del carmín y el amor barato y los rufianes de la vida sin hogar y sin familia tampoco juntarán su pena exánime. ¿Para qué? Sería una profanación. En la nochebuena la altísima misión del dolor se refugia donde de ordinario viviera la risa económica y maquinal. El burdel y el cuarto de la casa de huéspedes esperan siempre la visita de su más leal amigo.

Y como ya suenan las panderetas en un escándalo audaz y los tangos canallas triunfan con esplendor zarzuelero, yo, que no creo en nada, empiezo a tener un poco de fe en el hastío...

## LEYENDAS MARINERAS

Cuentan viejas leyendas, ignoro si de austeras playas británicas o de idílicas costas mediterráneas, que al lanzar aquellos pescadores una barca a la mar, reuníase la aldehuela, y doblada en tierra la rodilla, rezaba por la suerte de la nueva ahijada de las bonanzas, elevando plegarias en que se juntaba al lamentable orar de las viejas mujerucas raídas y hostiles la sorda imploración de los bravos marineros que en ella habían de luchar por la vida y por el pan de los suyos.

Era el de botar una lancha a la mar día triste en la aldea costera. Las noches de zozobra, los vientos en furia, el aquelarré de las aguas inquietas y el espectáculo trágico de la resaca, dejando cadáveres por las playas, destinaba cruel ante las familias marineras que cara al sol seguían pidiendo clemencia para la nueva barca, y para los que en ella

a diario correrían la aventura pescadora bajo la amenaza del naufragio.

Al venir la noche, cada cual regresaba a su hogar. Tendíase por el caserío la paz de un silencio aldeano. Y a la hora del sueño, todavía, viendo entrar rayos de luna por las rendijas de la barraca, los marineros tornaban a rezar. La intranquilidad del presagio vivía hasta el nuevo sol en aquellas familias pescadoras, sin más preocupación que la de las tempestades ni más cultura que la del peligro, *ni más libro que el de la mansa vida cotidiana.*

Venían días de inquietud y la mar se alzaba fiera, y en la noche un rugido titánico llevaba sobresaltos por las barracas miserables. Los pescadores regresaban, exhaustos, rendidos de la lucha, con una mueca de horror en los semblantes. Y pasaban días y días. No era posible salir del puerto. Pero al fin llegaba la bonanza, y aparejadas las barcas, *volvían a la diaria labor.*

Y era abundante la pesca. Tras los períodos de furia, las aguas se mostraban pródigas de su fecundidad. Al anochecer, las velas blancas anunciaban el regreso. Hacíase lento, porque la carga era mucha y el viento suave y escaso. Al fin llegaban abarrotados los enor-

mēs capazōs, inundada la barca de pecēs. Y aquello era el pan de muchas semanas, la gloria del hogar, la tranquilidad para cuando el mar volviera a encrespase.

Terminaban las mujeres la faena... Y entonces si que había fiesta en la aldea. Congregábanse en la playa las familias pescadoras; corría el vino; rompía un borbotón de alegría sana el silencio de la noche y las mozas bailaban sus danzas monorrítmicas, y hasta las viejas, las viejas hechiceras de la costa, escuálidas, secas, carcomidas por pesimismo de naufragio salían de junto al hogar y olvidaban sus rezos temblones...



Ante las fiestas de la botadura del «Español», en flamear de banderas, resonar de músicas y vibrar de hurras, el recuerdo de la costumbre relatada en antiguas leyendas marineras, viene a la memoria...

MIS MELANCOLIAS

La melancolía es una impenetrabilidad del espíritu. Por eso, tal vez, resulta un poco cursi.

Fórmase la melancolía de un estado morboso de candidez, de optimismo, en que nos espanta un gesto canalla y nos asombra una mueca cualquiera de esta lujuria inquietante de la vida. Momentos de tontería. Tragedias de Pierrot, cómicas, ridículas, en que los dolores apenas sirven para hacer reír.

¡Soborbia crónica, espiritualmente triste, la de esta página amarga y dulce, como de hiel y de almíbar!...

X

Hoy he llegado al fondo de mi alma. He tenido que pasar muchas cloacas y he respi-

rado mal en un ambiente de escarnio. Eran ilusiones y esperanzas y ensueños de romántica juventud que se pudrían lentamente, mansamente, razonadamente.

Me ha dominado el aburrimiento en este viaje sentimental a través de lo que he sido. Mi pasado preséntaseme incoloro. Mi vida oscura, imprecisa, sobradamente lógica. Mi espíritu adocenado, vulgar, de mancebo de farmacia o dependiente de ultramarinos. Mi quijotismo de guardarropía, mis andantes aventuras de folletín malo, mis ideas de imbécil, mis ambiciones de damita provinciana...

He sentido náuseas. Intenté hacer gárgaras de emoción. Pero todo en vano. El asco era insuperable, inenarrable, inextinguible... Para aliviarlo hubiera necesitado escupirme a mí mismo, donde estaba agria mi alma y amargo mi corazón. Es la gangrena de mi hidalguía, pestilente y amorfa y canalla...

Al regreso de mi viaje sentimental por el pasado respiré en un ambiente extraño. Era la vida amable, todo caricias y sensaciones y espasmos y languideces...

Creo que he empezado a ser un poco escéptico...

¡Llegar! Debē sēr una tristeza inenarrable.

La vida es un temblor desconocido. Vivir es un frágil afán de horizontes. La llegada a la tranquilidad después de una loca turbulencia a través de los caminos de la emoción tiene algo de refugio...

Desdichado aquel que consigue vivir sin ambiciones y sin horizontes. Desdichado aquel que cree haber llegado. Si es grande, se suicidará. Si es pequeño, aspirará a ser concejal o ministro.

La superioridad verdadera será siempre una ridícula inconsciencia...



Jamás he sentido la soledad de una manera tan absoluta, tan definitiva, como abandonado a mi mismo en el estruendo de una ciudad que pasa, desconsiderada y loca, por el vértigo de la alegría.

Bocinean los automóviles, despreciativos. Ruedan levemente los landós como una caricia de lujo. Pasan los tranvías de la Bombilla, en perpetua verbena y en perpetua caravana de majas y chisperos. En el susurro de

la noche, claramente maravillosa, viene el eco de las orquestas de los teatros. En divinas realidades cruzan las mujeres, dejando tras sí una bocanada embriagadora de perfumes sensuales...

Es la alegría que pasa, a la carrera, en el espasmo veloz de este vivir a prisa. Y es enorme la soledad del que no va a ningún lado y siente a sus espaldas el galopar de la melancolía...

## X

La vida amable de Madrid empieza a media noche. Las gentes que gritan y pisan y alborotan y molestan se retiran a la paz de sus hogares, donde hay un recuerdo gratamente provinciano. Y queda no más por las calles una familia complaciente, agradable, dominada por la preocupación de pasar el tiempo de la manera mejor posible.

Es la hora melancólica de Madrid. El amor queda reducido a una invitación y a una pareja que se pierde en el misterio de las calles oscuras. La música a algún mendigo ciego. El

estruendo a la bocina de algún automóvil que pasa, veloz, con las cortinillas cerradas...

Es que el alma de Madrid, un poco vieja, un poco cansada, un poco aburrida tal vez, sale de paseo bajo la melancolía de la luna, protegida en los embrujamientos del silencio...

×

¡Soberbia crónica, espiritualmente triste la de la melancolía, a la vez dulce y amarga como de hiel y de almíbar!...